

*CONTESTACION DEL DOCTOR TOMAS LISCANO,
ACADEMICO DE NUMERO DE LA "ACADEMIA
DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES"*

SEÑORES ACADEMICOS!

SEÑORAS Y SEÑORES!

SEÑOR RECIPIENDARIO!

En hora buena para mí la Academia de Ciencias Políticas y Sociales me ha confiado el encargo de llevar la palabra de recepción ante el nuevo Académico, el ya afamado jurista y atildado publicista, señor Doctor JUAN PENZINI HERNANDEZ. Y he dicho en "hora buena"; porque doble motivo de cordial afecto y justa admiración me estimula en esta grave empresa:

Primero, decir la bienvenida en nombre de la Docta Corporación, a mi viejo amigo y tan apreciado colega Dr. Penzini Hernández, con quien mi amistad jamás ha sufrido decaimiento ni cisuras; segundo, gozar la oportunidad que me proporciona esta solemnidad de la cultura, para pronunciar frases recordatorias sobre la venerada memoria de aquel gran hombre, universal en sabiduría y en lenguas, y de quien mucho antes de morir ya su nombre había ganado resonancia y nimbos para la inmortalidad; el

DOCTOR JOSE GIL FORTOUL

Fué Gil Fortoul el primer firmante de mi carta de presentación para Individuo de Número en esta Docta Corporación; fué Gil Fortoul quien, bajo generosa ostentación de personal contento por el triunfo definitivo de este su candidato académico, me escribió desde la Legación de Venezuela en México y sobre escuela de

1º de setiembre de 1933, me ofrendó el siguiente concepto congratulatorio que de suyo encierra un gran estímulo, amén de que bastarían para sentirme noblemente enorgullecido, los tres calificativos de que usa el grande hombre para dirigirme la citada correspondencia:

“Querido amigo, paisano y colega:

Le felicito por su ingreso a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, que bien tenía usted ganado con su competencia profesional y sus —Tildes Jurídicas—”.

De aquí — ¡señores!— que al correr de estas líneas prolegómenas mi espíritu se prosterne, bajo ritos de la santa religión de la gratitud, ante la visión luminosa de Gil Fortoul; porque como ya lo dijera siglos ha el inmortal Víctor Hugo, “Hay momentos de la vida en que cualquiera que sea la posición del cuerpo el alma está de rodillas”.

Ni por favor de terceros ni menos por gestiones personales suplicatorias, llega hoy Penzini Hernández a ocupar el Sillón N° 23, curul que por sí sola confiere claro honor a su nuevo ocupante, ya que su antecesor lo fué el mismo Gil Fortoul, de cuya existencia poliédrica — (permítaseme el adjetivo)— nos acaba de hacer cabal historia el ilustre recipiendario. Así, pues, ¿cuál es la senda por donde llegó a esta Docta Corporación el Dr. Penzini? Sin duda alguna que la de sus propias credenciales; senda que diseñar siquiera me será fácil, ya que son muchos los puntos luminosos que su bienandante ha dejado tras de sí, los cuales señalaré seguidamente, a la luz de cumplida justicia.

Nacido allá en Aragua de Barcelona, capital del Estado Anzoátegui, por el año de 1890, Penzini permaneció en la provincia adentro a la sombra tan amable del paterno hogar, hasta obtener el grado de Bachiller en Filosofía en las aulas del afamado “Colegio de La Asunción” que en aquella nativa ciudad, regentaba a la sazón el insigne pedagogo don Narciso Fragachán.

Durante su vida de colegial se relevó siempre amante de las nobles tareas literarias; pero en aquella época las gayas letras lo atrajeron hasta la sumisión, y las mu-

sas, nunca esquivas a los requiebros juveniles, le aceptaron los suyos que el novel bardo supo traducir en versos armoniosos. Y comoquiera que la literatura, por vivir de publicidad, generalmente anda de bracero con el periodismo, no tardó el estudiante, en cuyos oídos ya habían repercutido clarinadas de triunfos bien ganados como literato y como poeta, en fundar un periódico: he aquí la partida de nacimiento de "El Esfuerzo Juvenil", semanario que abrió sus columnas, cual corazón adolescente y rebosante de esperanzas, para recoger y exteriorizar las palpitaciones intelectuales de aquella juventud de la época, trabajadora y vigilante por la grandeza de la patria chica.

En 1908 Penzini Hernández se trasladó a Caracas; a esta Caracas amable y amada que entonces se la veía lejana de allá desde los pueblos del interior del país, a la par que peligrosa para la salud moral del joven inexperto de la provincia adentro, a quien tantos prometimientos, sin embargo, le ofrecía para su porvenir, y quien, apto ya con la opción del Bachillerato para tomar carrera de ciencias superiores, no tenía más ilusión que ingresar a la Universidad Central con el fin de hacerse cursante en la profesión liberal de su elección. Empero, a fuer de terminar el concepto, hay que decir que la Caracas de ahora ha perdido aquel panorama sugestivo, del que apenas queda la triste añoranza; pues muy cerca resulta de todas las partes de Venezuela, merced a la anulación de las distancias de tierra, mar y aire, circunstancia ésta que permite al estudiante pueblerino irse a pasar, si así lo quiere, el fin de semana en el hogar bienamado. Y con la anulación de las distancias se acabó de una vez con respecto al estudiante y sus familiares, la tristeza de la larga ausencia y el sacrificio de la separación indefinida.

Ya en la Capital de la República, Penzini se aprovechó de esas relaciones amistoso-intelectuales que así como por encanto produce la diosa literatura entre sus cultores, y por ello no tardó en colaborar en las revistas literarias que para la época circulaban en Caracas, principalmente en el célebre "Cojo Ilustrado", cuyas páginas con sólo ocuparlas, ya ganaba consagración continental el escritor, pues que continentalmente aquella gran revista se contaba entre las mejores y se la leía con predilección. Tanto más en el caso de nuestro recipiendario,

quien recibió las aguas lustrales como colaborador de tan afamado periódico, bajo el patrocinio de Alfredo Arvelo Larriva y Alejandro Carias, dos pontífices del verso inefable y de la estrofa de inmortal belleza.

Entre los grupos estudiantiles que entonces integraban la población bullanguera y naturalmente revolucionaria del Alma Máter, Penzini recibió claro honor de ser elegido Director de la REVISTA UNIVERSITARIA, órgano periodístico aquél que conquistó renombre por cuanto representaba una de las publicaciones de más justa fama que se ha editado por el gremio estudiantil de la Universidad Central.

Es lo cierto que en 1913 la cosecha poética rebosó el granero, y este granero así repleto de excelente fruto, recibió el nombre de "Abril". Envidiable fortuna la del cosechador y su granero; porque el prologuista de "Abril" lo fué el gran poeta venezolano, o para hablar en propiedad: otro gran poeta mundial que realizaba el milagro de ponerle a su prosa inimitable, tonalidades musicales que recorren todo el diapason; desde la dulce sonatina de alondras en celos, hasta las retumbantes clarinadas que puso el Apóstol-Aguila, San Juan de Patmos, en las tremendas imprecaciones de su Apocalipsis.

Seguro que vosotros estaréis ya musitando el nombre de tal prologuista; pero dejadme, por favor, la gloria de proclamarlo en voz alta y reverente: MANUEL DIAZ RODRIGUEZ!

Así, jalonando su camino de estudiante con hitos luminicos, llegó Penzini Hernández a optar al Grado de Doctor en Ciencias Políticas y Sociales en su año de gracia de 1917. Y seguidamente se dió de lleno al ejercicio profesional, en cuyo escenario ha ganado ciencia y prácticas jurídicas, que hoy le consagran entre los buenos abogados venezolanos por sus luchas y por sus triunfos.

Pero sus compromisos profesionales no han sido óbice clausurante de sus actividades de publicista: en 1935 Penzini Hernández dió a la luz su libro "José Maria Morelos", esbozo del gran libertador mexicano; en 1939 su nuevo libro "Democracia Habemos", donde el escritor recojió y ordenó sus candentes artículos de política

y sus escritos de ciencias sociales perjeñados en estos últimos años. Este libro ha suscitado desde el juicio severo y apasionado, hasta la página de altura que lo proclama excelente aporte a la bibliografía nacional.

Señores!

Tócame ahora deciros que el investigador acucioso y el escritor de cerebro ágil y de producción bien tajada, ha extremado todas sus artes para escribir su discurso de recepción en este Ilustre Instituto; y a fe que no otro proceder le imponía al recipiendario el tema elegido para cumplir leyes fundamentales de la Academia; la "BIOGRAFIA" de aquel excelso compatriota que construyó una época de brillantez en los anales venezolanos; de aquel "hombre de todas las patrias, con el privilegio de llevar la suya intacta en lo fundamental del corazón"; de aquel insigne maestro que en sus libros nos legó mucha ciencia y en las crónicas de su andar por el mundo, nos hizo relato de sus frecuentes trajines como caballero galante y como varón de espadachín al cinto, presto a la esgrima técnica y para la concurrencia a duelo cuando fuere llamado a este campo del honor; de aquel gran personaje de rarezas muy suyas que extranjeros y venezolanos conocimos en:

JOSE GIL FORTOUL

En nueve Capítulos, nutridos a cual más, el doctor Penzini escudriña, analiza y nos expone en una como galería de altos-relieves, la existencia polifásica de su ilustre biografiado. Diríase que ambos personajes, —(biografiado y biógrafo) —, frecuentemente se hacían cita para referirle el uno al otro su vida y milagros: tal cabe pensarlo en leyendo el trabajo académico del ilustre recipiendario, en el cual al hecho clásico lo rivetea el más lijero detalle, al pasaje político lo puntualiza el espacio y el tiempo, a la enseñanza del maestro la enmarca el juicio certero, a las intervenciones del diplomático las ponen diáfanas las oportunas advertencias del observador, a las historietas del trotamundos las cubren de amenidad los contornos literarios con que las presenta el relataste. En una palabra, a la personalidad integral del biografiado, la coloca entre esplendores la devoción del artista que la dibuja.

Sería deformar la obra, si yo pretendiera actualmente enjuiciar capítulo a capítulo el trabajo reglamentario presentado por el nuevo académico que en esta hora recibe en su seno nuestra Docta Corporación. Que el lector mismo sea el mejor juez en el presente caso, que a buen seguro tendrá que declarar, por mandato de clara justicia, las excelencias de la cosa por juzgar.

DOCTOR PENZINI HERNANDEZ!

Haciéndome fiel intérprete de mis ilustres compañeros de Academia, os digo en síntesis coral:

¡Bienvenido, insigne colega, que desde el Sillón N° 23 que os toca ocupar, seréis un asiduo trabajador por las glorias y progresos de este Instituto Científico, el cual espera de nosotros y por nosotros mismos, no fosilizarse sino superarse!

TOMAS LISGANO.